

29-12 Narrativa 8

Capítulos 9 y 10 de El Evangelio de Acuario: Elihú y Salomé enseñan en su escuela de misterios en Zoán

Salomé enseñó la lección del día. Dijo que no todos los tiempos son iguales. Hoy las palabras del hombre pueden tener mayor poder; mañana la mujer enseña mejor. En todos los caminos de la vida, el hombre y la mujer deben ir de la mano; el uno sin el otro no es más que la mitad; cada uno tiene un trabajo que hacer. Pero todas las cosas nos enseñan; cada una tiene su tiempo y su estación propios.

El sol y la luna tienen sus propias lecciones para los seres humanos, pero cada uno enseña en su momento. Las lecciones del sol caen sobre los corazones humanos como hojas marchitas sobre un arroyo, si se dan en la estación de la luna; y lo mismo ocurre con las lecciones de la luna y de todas las estrellas.

Hoy uno camina en la penumbra, abatido y oprimido; mañana, ese mismo se llena de alegría. Hoy los cielos parecen llenos de bendición y esperanza; mañana, la esperanza ha huido y todo plan y propósito se disuelven en la nada. Hoy uno quiere maldecir la tierra sobre la que camina; mañana, está lleno de amor y de alabanza. Hoy uno odia, desprecia, envidia y siente celos del niño que ama; mañana, se ha elevado por encima de su ego material y exhala alegría y buena voluntad.

Mil veces se pregunta el ser humano por qué estos altibajos y depresiones, estos corazones llenos de luz y estas tristezas, se encuentran en cada vida. No sabe que hay maestros en todas partes, cada uno ocupado con la tarea que Dios le ha asignado y llevando la verdad a todos los corazones humanos. Pero esto es cierto y cada uno recibe las lecciones que necesita.

Y María dijo: Hoy estoy en una gran exaltación; mis pensamientos y toda mi vida parecen elevados. ¿Por qué estoy así inspirada? Salomé respondió: Este es un día de exaltación; día de adoración y alabanza; un día en el que, en cierta medida, podemos comprender a nuestro Dios-Padre. Entonces estudiemos a Dios, el Uno, el Tres, el Siete.

Antes de que se formaran los mundos, todas las cosas eran Una; sólo Espíritu, Aliento Universal. Y el Espíritu respiró y lo que no había sido manifestado, llegó a ser el Fuego y el Pensamiento del Cielo, el Dios-Padre, el Dios-Madre. Y cuando el Fuego y el Pensamiento del cielo respiraron al unísono, nació su hijo, su hijo único. Este hijo es el Amor, a quien los hombres llaman el Cristo.

El ser humano llama al Pensamiento del cielo el Santo Aliento. Y cuando la Trinidad de Dios respiró, he aquí que siete Espíritus estaban de pie ante el trono. Estos son los Elohim, espíritus creadores del universo. Y estos son los que dijeron: Hagamos al hombre, y a su

imagen fue hecho el hombre. En las primeras épocas del mundo, los habitantes del lejano Oriente decían: Tao es el nombre del Aliento Universal; y en los libros antiguos leemos:

El Gran Tao no tiene forma manifestada y, sin embargo, hizo y mantiene los cielos y la tierra. El Gran Tao no tiene ninguna pasión y, sin embargo, hace que el sol y la luna y todas las estrellas salgan y se pongan. El Gran Tao no tiene nombre y, sin embargo, hace crecer todas las cosas; trae la temporada tanto para el tiempo de la semilla como para el tiempo de la cosecha. Y el Gran Tao era Uno; el Uno llegó a ser el Dos; el Dos llegó a ser el Tres; el Tres evolucionó en el Siete, que llenó el universo con manifestaciones. Y el Gran Tao da a todos, a los malos y a los buenos, la lluvia, el rocío, el sol y las flores; de su riqueza cósmica los alimenta a todos.

Y en el mismo libro antiguo leemos con respecto al ser humano: Él tiene un espíritu que lo une al Gran Tao; un alma que vive dentro de los siete Alientos del Gran Tao; un cuerpo de deseos que surge del suelo de la carne. Ahora el espíritu ama lo puro, lo bueno, lo verdadero; el cuerpo de deseos ensalza el yo egoísta; el alma se convierte en el campo de batalla entre los dos. Y bendito es el hombre cuyo espíritu triunfa y cuyo yo inferior se purifica; cuya alma se limpia, adaptándose para ser la cámara del consejo de las manifestaciones del Gran Tao. Así concluye la lección de Salomé.

Elihu enseñó; dijo: En los tiempos antiguos, un pueblo en el Oriente era adorador de Dios, el Único, a quien llamaban Brahm. Sus leyes eran justas; vivían en paz; veían la luz interior; caminaban por los caminos de la sabiduría. Pero surgieron sacerdotes con objetivos carnales, que cambiaron las leyes para adaptarlas a la mente carnal; impusieron pesadas cargas a los pobres y despreciaron las leyes de la justicia; y así los Brahms se corrompieron.

Pero en la oscuridad de la época, unos pocos grandes maestros se mantuvieron inconmovibles; amaron el nombre de Brahm; fueron grandes faros de luz ante el mundo. Y preservaron inviolada la sabiduría de su santo Brahm y podéis leer esta sabiduría en sus libros sagrados. Y en Caldea, Brahm era conocido. Un piadoso Brahm llamado Terah vivía en Ur; su hijo era tan devoto de la fe brahmánica que fue llamado A-Brahm; y fue elegido para ser el padre de la raza hebrea.

Ahora bien, Terah se llevó a su mujer y a sus hijos y todos sus rebaños y manadas a Harán, en el oeste; aquí murió Taré. Y Abram tomó los rebaños y las vacas, y con su familia viajó más al oeste; y cuando llegó a los Robles de Morah, en la tierra de Canaán, acampó y se quedó allí.

Una hambruna arrasó la tierra y Abraham tomó a su familia y sus rebaños y manadas y vino a Egipto, y en estas fértiles llanuras de Zoán acampó, y aquí se quedó. Y los hombres todavía marcan el lugar donde vivió Abraham: al otro lado de la llanura.

¿Se pregunta por qué vino Abraham a la tierra de Egipto? Esta es la cuna de todos los iniciados; todas las cosas secretas pertenecen a la tierra de Egipto, y por eso vienen los maestros. En Zoán, Abraham enseñó su ciencia de las estrellas y en aquel templo sagrado que veis, aprendió la sabiduría de los sabios. Y cuando todas sus lecciones fueron aprendidas, tomó a su familia y sus rebaños y manadas y viajó de vuelta a Canaán y en las llanuras de Mamre levantó su tienda y allí vivió, y allí murió. Y los registros de su vida y obras, de sus hijos y de las tribus de Israel, están bien conservados en los libros sagrados judíos.

En Persia, Brahm era conocido y temido. Los hombres lo veían como el Uno, la Causa sin causa de todo lo que es, y era sagrado para ellos, como el Tao para los habitantes del lejano Oriente. El pueblo vivía en paz y la justicia gobernaba. Pero, al igual que en otras tierras, en Persia surgieron sacerdotes imbuidos de egoísmo y deseos propios que ultrajaron la Fuerza, la Inteligencia y el Amor; la religión se corrompió y los pájaros y las bestias y los seres rastreros fueron hechos dioses.

En el transcurso del tiempo, un alma elevada, a la que los hombres llamaron Zaratustra, se encarnó. Vio el Espíritu sin causa, alto y elevado; vio la debilidad de los dioses hechos por los hombres. Habló y toda Persia escuchó; y cuando dijo: Un Dios, un pueblo y un templo, los altares de los ídolos cayeron, y Persia fue redimida.

Pero los hombres deben ver a sus Dioses con ojos humanos, y Zaratustra dijo: El más grande de los Espíritus que está cerca del trono es el Ahura Mazda, que se manifiesta en el brillo del sol. Y todo el pueblo vio a Ahura Mazda en el sol, y se postraron y le adoraron en los templos del sol.

Y Persia es la tierra de los magos, donde viven los sacerdotes que vieron surgir la estrella que señaló el lugar donde nació el hijo de María, y fueron los primeros en saludarle como el Príncipe de la Paz. Los preceptos y las leyes de Zaratustra se conservan en el Avesta, que pueden leer y hacer suyo. Pero deben saber que las palabras no son nada hasta que se hacen vivas, hasta que las lecciones que contienen se convierten en parte de la cabeza y del corazón.

Ahora bien, la verdad es una, pero nadie conoce la verdad hasta que uno mismo es la verdad. En un libro antiguo se dice: La verdad es el poder fermentador de Dios; puede transmutar toda la vida en sí misma, y cuando toda la vida es verdad, entonces el ser humano es verdad.